

Fuése derecha al último aposento,  
Adonde la zagala residía,  
Que á la sazón un tierno llanto hacia,  
Por ver á su (62) Palquin en detrimento;  
Y por hacer menor su sentimiento,  
Tendido en su regazo le tenía,  
Donde si de razón el perro fuera,  
Su mal por tanto bien agradecería.

Mas luego que le dijo la pastora  
Como su caro padre la llamaba,  
Se levantó del suelo donde estaba,  
Limpiándose las lágrimas que llora;  
Ya sale, ya la ven, ya se colora,  
Ya la serena vista en tierra clava,  
Ya para, ya camina, ya tropieza,  
Ya de puro corrida se endereza.

Llegóse al fin haciendo su mesura  
A los guerreros bravos, que de vella  
Se quedan tan turbados como ella,  
Por ver tan acabada hermosura;  
Contemplan elevados su figura,  
Y dicen entre sí colgados della  
Que tanta perfección belleza y gala  
De mas debe de ser que de zagala.

Las dos Quidora y Guale, que en un punto  
La miran y se miran sin hablarse,  
Tornándola á mirar para gozarse,  
Y apacentar la vista en su trasunto,  
Dicen callando: «¿ Bien tan grande junto  
En un rincón pajizo ha de encerrarse?  
Mas antes él es digno de tenerla,  
Que dentro de la concha está la perla.»

Alabánsela al padre dignamente,  
El cual de gozo el ánimo bañada,  
Dice á la hija el fin por que es llamada,  
Habiendo ya besádola en la frente;  
Mas ella en regalada voz doliente:  
«¿Cómo estaré, le dice, para nada,  
Habiendo trastornádome el sentido  
El ver á mi Palquin tan mal herido?»

Bajó diciendo así los ojos bellos  
Para que se abrasase el suelo frío,  
Dejando al aire diáfano vaeo  
Del lleno resplandor que daban ellos;  
Y como por la clara aurora dellos  
Vertiese algunas gotas de rocío,  
Que daba el fresco abril de sus mejillas,  
Como al amanecer las florecillas;

Sintiólo mucho mas la niña tierna  
Cuando en su busca vido que salía  
El perro, de quien tanto se dolía,  
Gimiendo y arrastrando con la pierna;  
Mas luego resonó la voz materna,  
Hablando con aquella compañía,  
Sobre que no les diese mucho espanto  
De ver que su Llaré llorase tanto.

«Porque sabed, les dice la pastora,  
Que si es para las niñas este oficio,  
No debe parecer en ella vicio,  
Pues cumple, cuando mas, los trece agora;  
Fuera de que también mi hija llora,  
El interés que pierde y beneficio  
Si el tierno cachorrillo se muriera,  
Que nunca tal desman el cielo quiera.»

«Pues él en todo tiempo la acompaña,  
Él de los otros perros la defiende,  
Él, si la deja alguna vez, entiende  
En trastornar el campo y la montaña;  
De donde vuelve presto á la cabaña  
Con el zorzal ó tortola que prende,  
Y aun mas de cuatro veces le ha traído  
Entero con sus pájaros el nido.»

«Y cuando llega el tiempo del verano,  
Que cogen ya los cándidos panales,  
El va con los pastores y zagales,  
Y se lo trae en la boca entero y sano;  
El nunca ha de comer por otra mano,  
Que si se pasa un sol y dos cabales,  
Ayuno se estará, como él no vea  
Que come por la mano de Llaré.»

«Mirad si con razón la zagaleja  
Hace por el cachorro sentimiento,  
Que, como si tuviera entendimiento,  
Agora de sus males se le queja.»  
Apenas acabó la simple vieja,  
Cuando Talquen les hace juramento  
De no salir de allí sin que sanase,  
Con tal que la vision interpretase.

Con esto la zagala satisfecha,  
Pidió que el sueño fuese relatado,  
Para que, siendo della declarado,  
La escura cifra del fuese deshecha;  
Mas porque ya la cena estaba hecha,  
Les pareció á los padres acertado  
Que todo hasta despues se diriese  
Para que al gusto nada interrumpiese.

Determinado así, por ver que es hora,  
Comienzan á cenar, y en acabando,  
Se pone en gran silencio todo el bando,  
Atentos al enigma de Quidora;  
La cual su voz levanta, mas ahora  
La quiero yo bajar, considerando  
Que ni es á la salud ni al gusto buena  
La música pesada sobre cena.

## CANTO XVIII.

Donde, con ocasión de interpretar Llaré el misterioso sueño,  
toma la mano el autor, arrebatándole el cuento de la boca, á  
cantar la felice victoria que del inglés Richerte Aquines se alcanzó  
en la mar del Sur, siendo ya marqués de Cañete y visorey del  
Pirú el Gobernador de quien la historia trata, en cuyo tiempo  
fué ganada esta primer batalla naval en este mar. Llega el canto  
hasta que don Beltrán de Castro y de la Cueva, á quien el Mar-  
qués encomendó la jornada, sale del puerto.

«Oh falso emperador, monarca indio,  
Señor universal, comun tirano,  
Oh pérfido interés y cuán temprano  
Echas tu marca al pecho femenino!  
Tan presto las enseñas tu camino,  
Que en viéndolas andar les das la mano,  
Porque de chicas hechas á tratarte,  
No puedan cuando grandes olvidarte.»

Pudiera yo, en razón de confundirte,  
Ponerte á medio mundo por ejemplo,  
Mas yo no sé, interés, porque me templo,  
Pues todo entero se que da en seguirte;  
No hay hombre que no guste de servirte  
Y perfumar las aras de tu templo,  
Teniendo en el colgado sus despojos,  
Y á ti sobre las niñas de sus ojos.

Pudiera, digo, pues, hacer probanza  
De la verdad llanisima que digo,  
Trayendo en esta causa por testigo  
A cuanto con su vista febo alcanza;  
Mas bien me sacará de la fianza  
El canto que dejé y agora sigo,  
Adonde la bellissima Llaré  
Temprano se vistió de tu librea.

Sin tí ninguna cosa fué bastante,  
Ni el caro engendrador ni madre cara,  
Para que la vision interpretara  
Ni para alzar del suelo su semblante;  
Mas luego que, interés, te vió delante,  
Con señas de placer mostró la cara,  
Pues que por la salud del perro herido,  
Bailó, cual dicen dél, á tu sonido.

Alegre pues la bella pastorcilla,  
Al fin como mujer interesada,  
Despues de estar la gente sosegada,  
Atenta oyó la extraña maravilla;  
Y luego con la mano en la mejilla,  
Como en profundo sueño sepultada,  
Y alguna vez moviendo la cabeza,  
Se estuvo trasportada grande pieza.

Pero despues que, vuelta en su sentido  
Del arrebatamiento que tenía,  
Frenó la desbocada fantasia,  
Que ya tan adelante habia corrido,  
Con rostro demudado y encendido,  
Tanto que no ser ella parecia,  
Así soltó la lengua represada,  
Tras un raudal profético llevada:

«Milagros nuevos, raras extrañezas,  
Terribles casos, hechos prodigiosos,  
Portentos inauditos y espantosos,  
Hazanas peregrinas y proezas,  
Heróicos brazos llenos de grandezas,  
Osadas manos, pechos valerosos,  
Con otras grandes cosas hay cifradas  
En esas breves sílabas preñadas.»

«Por esa gruta negra se denota  
Un ángulo del mundo, allá una tierra,  
Llamada por las gentes Inglaterra,  
Que en torno el ancho mar ciñe y escota;  
La cual porque le ponen cierta nota,  
De que en la falsa fe que sigue yerra,  
Estando en sus errores ciega y dura,  
Se figuró tan lóbrega y escura.»

«Por ese fiero drago ha de entenderse,  
Quidora, un grande inglés, un gran pirata,  
Que con la sed hiposa de oro y plata,  
Por un estrecho mar querrá meterse;  
Y muchos que tras él han de moverse,  
Para matar la hambre que los mata,  
Son los alados grifos que tú vias,  
Mas ávidos que vientres de harpias.»

«Y habésete, Quidora, figurado  
En aves de rapiña solamente,  
Misterio tiene, y es que aquella gente  
Da siempre tras lo puesto á mal recado;  
Que su alimento en eso está librado,  
Y deso vive, aunque es costosamente,  
Pues siempre traen las vidas al tablero  
Sobre una tabla frágil y madero.»

«El venturoso lance y rica presa  
Que hizo aquel dragon parando el vuelo  
Es un despojo grande que este suelo  
Dará, por su descuido, á gente inglesa;  
Esto será, mas no con tanta priesa  
Que treinta y siete vueltas no dé el cielo  
De las con que se cumple cada un año,  
Primero que nos dé la deste año.»

«Haráse en Mapochó la rica pesca,  
Porque será de (63) veinte mil dorados,  
Con otras diferencias de pescados,  
Mas no sabrá el inglés lo que se pesca;  
Que allí estará perdiendo el aura fresca  
Y dando larga cuerda á sus soldados,  
Que no la dar le fuera mas cordura,  
Pues desto ha de nacer su desventura.»

«De allí se irá despues con tal reposo,  
Que pueda en un patáj Valparaiso  
Enviar quinientas leguas el aviso  
Al visorey de Lima poderoso,  
Primero que el corsario perezoso,  
De asegurado intrépido y remiso,  
Acabe de salir al mar abierto,  
Por irse á su placer de puerto en puerto.»

«Irá sin prevencion de lo futuro  
Sondando sirtes, vados y bajos,  
Y sin dejar quemados los navios,  
Por dallos en rescate de oro puro;  
Que si les diera fuego bien seguro  
Con pasos perezosos y tardios  
Y sin contradiccion de cosa alguna,  
Pudiera proseguir con su fortuna.»

«Que si ha de ser su pérdida causada  
De que se dé al Virey aviso dello,  
No les dejando vaso en que traello,  
Tuviera la ganancia asegurada;  
Pero su condicion de levantada  
Tendrá como en estima de un cabello  
Que venga á sus orejas este robo  
Hasta que se las haya visto al lobo.»

«Parecerá al pérfido britano  
Ser imposible haber en Lima fuerza  
Que de su paso mínima le fuerza  
O pueda hacer su curso menos llano;  
Pues nunca habrá podido el peruano  
Echalle de sus términos por fuerza,  
Y ser en general su rica gente  
Para naval conflicto insuficiente.»

«Esforzará el descuido fuera desto  
Para que no apresure el lento paso  
La torre y casa fuerte de su vaso,  
Bastante á todo el mundo en contrapuesto;  
Y el entender que si hay en Lima puesto  
Do alguna guarnicion se encierre acaso,  
Ni municion tendrá ni artillería  
Que para ver su nao le dé osadía.»

«Mas dado que hasta entonces haya sido  
Del modo que el inglés ha de entenderlo,  
A la sazón irá engañado en ello,  
Porque tendrá ya Lima otro marido;  
Que sobre cuantos ha de haber tenido  
Así levantará cabeza y cuello  
En componella toda y adornalla,  
Que por milagro vengan á miralla.»

«Este ha de ser el jóven que al presente  
Quiere tentar los pulsos del Estado,  
Que habrá subido á mas sublime estado,  
A trono y á lugar mas eminente;  
Virey será de título excelente,  
Y heredará un ilustre marquesado,  
Aunque esto y mas en él tendrá por menos,  
Segun serán sus méritos de buenos.»

«Así lo va explicando la pastora,  
Cuando Talquen diciendo la detiene:  
«¿ Qué bien lo que del jóven dices viene  
Con lo que del soñaba mi Quidora!  
Es á saber, que el cielo desde agora  
Dispuesto para grande bien le tiene,  
Pues ella en sueños dice que le via  
Cual tú le estás mirando en profecía.»

«Yo no reparo en esto ni le envidio,  
Responde Tucapel, su buena suerte,  
Sino que por no darle yo la muerte  
Se vaya desta guerra y su presidio;  
Este es el pensamiento con que lidio,  
Y para mí de todos el mas fuerte,  
Que salga vivo un hombre deste suelo  
Do tuvo por contrario á Tucapelo.»

«Tú sientes, dice luego su querida,  
Que se te escape á fuerza de los remos,  
Y á mí me affige el cómo quedarémos,  
Si bien ó mal despues de su partida;  
Mas tengolo por plática perdida  
Que mas sobre este punto platiquemos;  
Mejor será dejallo por agora  
Para que así prosiga la pastora.»

«Calló por esto el bárbaro atrevido,  
Y todo á su callar quedó callado,  
Mas yo que mientras todos han hablado  
He solo sus razones atendido,  
Por las de la zagala he colegido  
Que lo que entonces fué profetizado  
Es lo que agora acaba de cumplirse,  
Si pudo bien tan grande predecirse.»

«Porque notado el tiempo adonde apunta,  
Y en especial decir la profecía,  
Que gobernando en Lima don García,  
El drago había de dar aquella punta;  
Parece que uno y otro bien se junta  
Para sacarme adonde yo quería,  
Hallando que el vencido inglés de agora  
Es el que dijo entonces la pastora.»

«Por donde solo yo sin su concurso  
Ni haberla menester de aquí adelante,  
Explicaré del sueño lo restante,  
Llevando un apacible y facil curso;  
Que para no salir de mi discurso  
Fué necesario enredo semejante,  
Con que ni del Pirú las cosas dejo,  
Ni de mi Chile, que es el fin, me alejo.»

No quito yo que allá en su choza cuento  
Y siga la zagala lo que toca,  
Mas quiero que lo diga por mi boca,  
Si fuese para tanto suficiente;  
Y que mediante el suyo, mi torrente  
Se lleve esta ganancia, que no es poca,  
En pregonar la gloria, al mundo nueva,  
De don Beltran de Castro y de la Cueva.

Y pues que la ocasion se me ha venido,  
Teniéndolas yo quedas, á las manos,  
Los hechos de las suyas soberanos  
Diré, con que, Señor, me deis oído;  
Que redundando en gloria lo que pido  
Del jóven que tenemos entre manos,  
No hay para qué mostreis la vuestra escasa,  
Pues cuanto en esto dáis se os queda en casa.

Mas para no cansaros repitiendo,  
Si hubiese que empezar de nuevo agora,  
Supuesto lo que dijo la pastora,  
Iré como pudiese prosiguiendo;  
No porque de mi ronca voz entiendo  
Que puede ser mas dulce ó mas sonora,  
Mas porque de futuro no se cuente  
Lo que podrá contarse de presente.

Demás de que se dice mas á gusto,  
Y se refiere el caso por entero,  
El cual si se contara verdadero  
No pienso que viniera tan al justo;  
Tambien me pareció que fuera injusto  
Dejar en opinion lo verdadero,  
Pues era andar mirando con antojos  
Lo que se ve delante de los ojos.

Partido pues el tardo inglés pirata  
Del ensenado mar Valparaíso  
Con el despojo próspero que quiso  
De muchos bastimentos, oro y plata;  
Se despachó volando una fragata  
Al inclito Marqués con el aviso,  
La cual en quince vino como un rayo  
A siete sobre diez del mes de mayo.

El año es el presente en que esto escribo,  
De mil, que con quinientos y noventa,  
Contando cuatro mas remata cuenta,  
A la sazón que sale el tiempo estivo;  
Esto es acá en las partes donde vivo,  
Que allá en la grande España es otra cuenta,  
Adonde por abril entra el verano,  
Con su querida Flora de la mano.

Llegado al dulce término marino  
El frágil y cansado navichuelo,  
Envío las corvas áncoras al suelo,  
Y á Lima un alboroto repentino;  
Dó cuando la turbada nueva vino,  
Mostraba haber el rojo y claro Delo,  
De donde con su viva luz mas arde,  
Dos horas inclinándose á la tarde.

En esta coyuntura don Hurtado,  
Ajeno de salud poblaba el lecho,  
Mas avisado súbito del hecho,  
Se levantó teniéndose en su estado;  
Que no ha de estar el hombre recostado  
Cuando conviene estar en pié derecho,  
Así por serle propia tal postura,  
Como por ser mas ágil y segura.

Hizo el Virey llamar, como solia,  
A conclave y acuerdo sobre el caso,  
Que nunca sin consejo daba paso,  
Pues le llevaba en todos por su guia;  
Do les mostró los daños que hacia  
El robador inglés con solo un vaso,  
Corriéndoles la mar de tiempo á tiempo  
Ya como por su gusto y pasatiempo.

Y como no era bien que se saliese  
Ufano, haciendo siempre destos lances,  
Porque despues la tierra á muchos trances  
En los que son mas duros no se viese:  
Mas que importaba mucho no se fuese  
Sin irle desta vez á los alcances,  
Haciendo desta vez lo de potencia  
Por castigar su pérvida insolencia.

Mas que era conveniente y necesario  
Enviar para este fin poder entero,  
No obstante que dijese el mensajero  
Ser de una sola vela el del cosario,  
A causa de entenderse lo contrario  
Por otro aviso y nueva que primero  
La gente del Brasil enviado habia,  
Por donde ser mas fuerza parecia.

Fuera de que era bien considerado  
Que en esta mano todo el resto fuese,  
Dado que al enemigo se creyese  
En solo haber dos naos desembocado;  
Porque llevar el hecho asegurado  
Con algo mas de costa que se hiciese,  
Era mejor que, yendo en duda alguna,  
Encomendallo todo á la fortuna.

Pues vistas por aquel ayuntamiento  
Las causas bastantísimas que daba  
Para probar lo mucho que importaba  
Se castigase tanto atrevimiento;  
Salió de general consentimiento,  
Viendo que la ocasion les convidaba,  
Resuelto que signiesen al britano  
Con presuroso pié y armada mano.

Porque con este medio se entendia,  
Supuesto que no fuese el fin contrario,  
Que desta plaga y mal tan ordinario  
La costa deste Sur se limpiaria;  
De suerte que no entrase cada dia  
Exento por sus puertos el cosario,  
Haciendo en los que estaban sin defensa  
Un daño cada vez sin recompensa.

Para lo cual fué el orden y concierto  
A que el Marqués movió con sus razones  
Que aparejase el Rey sus galeones,  
Ociosos por entonces en el puerto;  
Los cuales por el ancho mar desierto  
Con gente, bastimentos, municiones,  
Y un digno general de esfuerzo y arte,  
Saliesen en demanda de Richarte.

Así el andaz pirata se decia,  
Y Aquines por blason, de clara gente,  
Mozo, gallardo, próspero, valiente,  
De proceder hidalgo en cuanto hacia;  
Y acá, segun moral filosofia,  
Dejando lo que allá su ley consiente,  
Afable, generoso, noble, humano,  
No crudo, riguroso ni tirano.

Perdiéronse las naves de su armada  
En la angostura y boca del Estrecho,  
Quedándole una sola de provecho,  
Tan bella, que la Linda fué llamada,  
Para cualquier encuentro aparejada,  
Por ser su gente plática y de hecho,  
Y ella, de bien armada y guarnecida,  
Bastante á no temer y á ser temida.

Con esta, falto ya de bastimento,  
Y de otras cosas mil menesteroso,  
Entró por el chileno mar ondoso,  
Do se le hizo un buen acogimiento;  
Porque en al Mapochote, rico asiento,  
Halló lo que buscaba mas copioso  
Que si por ello á Londres aportara  
Y mucho tiempo atrás lo aparejara.

Allí tomó, sin serle defendidos,  
Con un bajel á cinco descuidados,  
De cables, jarcias, lonas pertrechados,  
Y de comida en colmo abastecidos;  
Con muchos tejos, mal ó bien habidos,  
Que fué la rica pesca de dorados,  
Arriba figurada por Liárea,  
Si bien aquel oraculo se crea.

Estuvo regalándose en el puerto,  
Que fué para su infierno paraíso,  
Viniendo por el pueblo, que lo quiso,  
Con las tomadas naves á concierto;  
Mas fué de bien seguro y mal experto  
Dejalles quien pudiese dar aviso,  
Aunque su capitan astuto y sabio  
Mil veces se mordió por ello el labio.

Mas como de su nao tan grande estima  
Y del Pirú caudal tan poco hiciese,  
Cosa no se le dió de que se diese,  
Segun se dice atrás, aviso á Lima;  
Pero la que entendió ser dulce lima,  
Presto será tan agra, que le pese  
Cuando se llegué el tiempo de proballa  
Al estrujalle el zumo en la batalla.

Para lo cual no duerme don Hurtado,  
Aunque de acuerdo sale entre dos luces,  
Que luego van las lanzas y arcabuces  
Al puerto del Callan por su mandado,  
A fin de que le tengan bien guardado  
Contra los enemigos de las cruces,  
Mientras en la ciudad la trompa brama  
Y al bélico furor incita y llama.

Señala luego tres capitánias  
En tres valientes hombres señalados,  
Para que, cada cual de á cien soldados,  
Levante tres lucidas compañías,  
Y que con ellas dentro de tres dias  
Se pongan en la mar aderezados:  
Pulgar, Manrique y Plaza son sus nombres,  
Del arte militar famosos hombres.

Despacha sus domésticos tras esto  
Con los que su persona traen guardada,  
Para que en la galera y naos de armada,  
Haciendo guaricion, se embarquen presto;  
Y cuando en curso lóbrego y funesto  
La media noche y mas era pasada,  
Él mismo apresurándose camina,  
Sin esperar la luz, á la marina.

La que le presta el cielo es tan escasa,  
La noche tan espesa y tan oscura,  
Que no pudiera ver con su espesura  
Sin hachas el lugar por donde pasa;  
No lleva sino algunos de su casa,  
Porque para la priesa que procura,  
Ya sabe que es forzoso inconveniente  
Querer llevar tras sí tropel de gente.

En hora, poco mas, allí se puso,  
De donde siete millas hay mortales,  
Estando con la gota y otros males,  
Que siempre contra el bien el mal se opuso;  
Allí vigilantísimo dispuso  
Y proveyó las cosas esenciales  
Con que formar en breve armada gruesa  
Para tomar los pasos de la inglesa.

Y así, ni á las veneras de la playa  
Ni á sus encarrujados caracoles  
El rubio sol tomó de tornasoles  
Tejidos por la mano de su Aglaya;  
Ni Dóris se vistió cerúlea saya  
Con guaricion de crespos arrebóles  
Picada por las puntas del tridente  
Primeró que él hiciera lo siguiente.

Ordena que un pataje por la posta  
Vaya de puerto en puerto y cala en cala  
A dar aviso desta nueva mala  
Para que esté sobre él toda la costa;  
Y luego, dando un salto de langosta,  
A Méjico atraviesa y Guatimala,  
Haciendo que se ponga todo alerta,  
No salga el enemigo por su puerta.

A Panamá despacha otro pataje  
Para que el cordubense don Fernando  
No deje, puesto á punto con su bando,  
Que por allí el inglés tenga pasaje;  
Este es un señalado personaje,  
El cual habia partidose, llevando  
Con suma brevedad la plata y quinto  
Al digno sucesor de Carlos Quinto.

Pues ya que todo el mar así previno,  
Envió la costa arriba de la tierra  
Por (64) chasquis á los valles y á la sierra,  
Poniendo en todo el orden que convino;  
De suerte que los pasos del camino  
Todo lo que es posible toma y cierra,  
A fin de que los sueltos luteranos  
Por piés no se le vayan de las manos.

En tanto que en el puerto pedregoso  
Previene don Hurtado lo que cuento,  
Se desencasa Lima de su asiento  
Con el tropel y estruendo belicoso;  
Do el iracundo Marte sanguinoso,  
Queriendo secutar su crudo intento,  
Se viene de su alcázar en persona  
Acompañado solo de Belona.

Por toda la ciudad discurre luego  
El acerado escudo en la siniestra,  
Y sacudiendo el asta con la diestra,  
Incita á su costoso y duro juego;  
El mismo enciende, echa, sopla el fuego,  
Y á todos tan colérico se muestra,  
Que el mas helado y tibio, si le mira,  
Le queda el corazón ardiendo en ira.

Por todos la furiosa llama cunde,  
A todos llama el áspero ejercicio;  
El mas compuesto sale ya de quicio  
Y en confusion tan grande se confunde;  
La populosa fábrica se hunde  
Con el rumor, la priesa y el bullicio,  
Y mar soberbio es ya la humilde tierra  
Hinchada con los vientos de la guerra.

Ya están allá las últimas esferas  
Con agua destas ondas rociadas,  
Y al retumbar de trompas atronadas  
Ensordecido el mar y sus riberas  
Ya con los estandartes y banderas  
Las anchurosas calles entoldadas,  
Ya del cernido polvo tanto sube,  
Que á Lima deja ciega con su nube.

El alboroto, el tráfago, el ruido,  
La confusion, estrépito y tumulto,  
El desacorde son y espeso bullo  
De voces mal distintas al oído;  
La trápala del vulgo removido,  
La turbacion de muchos en oculto,  
Por toda la ciudad y partes della,  
Uno con otro junto se atropella.

Mas tanta polvareda y baraunda  
No es de manera que haya de ser parte  
A que del justo limite se aparte  
El orden de la guerra ó se confunda;  
Pues antes, si se mira bien, redunda  
En dalle lo que es suyo al fiero Marte,  
Que mientras mas y mas la furia crece,  
Mejor en medio della respandece.

Y no es posible falte por la gente,  
Porque la ordena, rige y acaudilla,  
No menos que el sagaz oidor Castilla (65),  
A quien dejó el Marqués por su teniente;  
Varon que en los estrados dignamente  
Ocupa y llena bien la primer silla,  
Siempre de la justicia firme atlante,  
Y agora en esta guerra vigilante.

Encima de un caballo poderoso,  
De cinta y cabos negros, alazano,  
Andaba el mismo Consul por su mano  
Haciendo diligente al perezoso;  
Tan eficaz, activo y cuidadoso  
Como, cuando era tiempo, grave y llano;  
Virtud que en un sugeto apenas cabe  
Mostrarse por igual humano y grave.

Con esto la ciudad por todas vias  
Se mete en mas calor, se enciende, arde,  
Haciéndosele guarda cada tarde  
De dos aseguradas compañías;  
Oh cuánto se cudician estos dias  
No solamente á fin de hacer alarde  
De los gallardos ánimos fogosos,  
Sino de varios trajes licenciosos!

Tendido el pié, la mano en la sargenta,  
Al paso de la caja resonante,  
Tan desdeñoso va el caudillo infante,  
Cual si de sí no mas hiciera cuenta;  
Su alférez, que en el tercio se presenta,  
Abate la bandera tremolante,  
Disparan sus cañones los soldados,  
Que van por sus hileras ordenados.

Mas entre los gallardos capitanes  
Del número del pueblo señalados,  
Hizo señal con todos sus soldados  
El fuerte Juan Bayon de Campomanes;  
Porque él salió galán, ellos galanes,  
El ricamente armado, ellos armados,  
El todo lleno de ánimo y de bríos,  
Y todos ellos desto no vacíos.

Mostrólo bien á cierta coyuntura,  
Que habiendo menester el puerto gente,  
Marchó con sus infantes diligente  
Camino largo, á pié, de noche oscura,  
Por donde arando va la tierra dura;  
Mas género de bestia no consiente,  
Porque para los suyos no hay caballos,  
Y él quiere, no llevándolos, llevarlos.

Fué hecho de vasallo al rey tan fido,  
Que bien probó con él si procedía  
Al paso de su padre, el cual tenía  
Renombre de leal bien merecido;  
Mas al Callau volvamos, que me olvido  
De lo que en él ordena don García,  
Y el popular tumulto me ha estorbado  
Para poder oír si me ha llamado.

El cual, despues de tantas prevenciones,  
Todas tan importantes como cuento,  
Con otras que por no alargar el cuento  
Forzoso han de pasarse entre renglones,  
Apercibió en tres fuertes galeones  
Cuanto era menester para el intento,  
Poniendo en orden otros tres patajes,  
Que puedan ir sirviéndoles de pajes.

Entre la del fanal y su almiranta  
Fueron sesenta piezas repartidas,  
De bronce duro y sólido formidas,  
Cuya respuesta al cielo se levanta,  
Y de seguridad y fuerza tanta,  
Que bien manifestaban ser fundidas  
Por el famoso artífice Tejeda,  
Digno de que esta gloria le suceda.

Otras catorce gruesas le metieron  
Al galeon San Juan por los costados,  
Y á cada cuatro versos asomados  
Por proa en los patajes se pusieron;  
Entre los cuales junto repartieron  
A veinte y cinco pláticos soldados,  
Todos con arcabuces y mosquetes,  
Agudas picas, duros coseletes.

Ya estaban en el puerto recogidos  
Pulgar, Manrique y Plaza con su gente,  
Y fuera desta mas de ciento y veinte,  
De solo caballeros ofrecidos;  
Que en otras ocasiones conocidos,  
Tambien lo quieren ser en la presente,  
Pues mientras puede mas el noble pecho,  
Nunca remata cuentas con lo hecho.

Fué Lorenzo de Heredia el uno destes,  
Que luego se embarcó con diez soldados,  
Todos á costa suya sustentados,  
Y todos á cualquier peligro puestos;  
No menos acudió con pasos prestos,  
Sin esperar á ser de los llamados,  
Que solo su valor le llama y lleva,  
El claro don Francisco de la Cueva.

Por general se estaba ya escogido  
Por tan alta empresa ¿quién diremos?  
Delante de los ojos le tenemos,  
Aunque sobre ellos debe ser tenido;  
Aquel varon en todo esclarecido,  
Hijo del gran señor conde de Lemos,  
Cuñado del Virey, que es otra cuña,  
Para apretar mejor el bien que empuña.

Aquel que en otras muchas y esta prueba  
Deja, para seguille, al mundo rastro,  
Ilustre don Beltran, honor de Castro,  
Y luz resplandeciente de la Cueva;  
Aquel que por blason y gloria nueva  
Merece en vida estatua de alabastro,  
Y en muerte, si la muerte al fin le llama,  
Altars consagrados á la fama.

No es esta esotra cueva de ladrones  
Adonde tan escasa luz habia,  
Pues siempre el sol está en su compañía  
Bañándole los últimos rincones;  
Mas es la insigne cueva de leones  
De donde aquel bravísimo salia,  
Aquel de pelo pardo, vedijoso,  
Que nos predijo el sueño misterioso.

Ni es el rugiente leon de los del lago,  
Mas el que con el mar á brazos puesto  
Y á trance de peligro manifiesto  
Siguió con tal teson al fiero drago;  
Pues este, de quien digo y poco hago,  
Aunque dijera mas y mas sobre esto,  
Es el que en si tomó de tal empresa  
La carga principal que tanto pesa.

Mas á sus duros hombros ya sabia  
Que el mucho peso della no era nada,  
Pues que llevaron otra mas pesada  
En tiempos que mas tiernos los tenia;  
Porque de veinte y dos aun no seria  
Cuando se le fió una gran jornada  
Y veinte mil guerreros á su cargo,  
De que salió con todo buen descargo.

La del Final dijeron á esta guerra,  
Y por su grave peso yo no dudo  
Sino que quien con ese entonces pudo,  
Agora no dará con este en tierra;  
Por donde sin errar, que nunca yerra,  
Le da el Virey sus armas y su escudo,  
Que fuera de venille tan nacidas,  
Le son por otros títulos debidas.

Pues uno fué también salir á ello  
El propio don Beltran ganosamente,  
Por ser el mas idóneo y suficiente  
Y el que mejor podrá salir con ello;  
Así de la ocasion por el cabello,  
Sabiéndose ofrecer á la presente,  
A quien si de las manos se le fuera,  
No sé qué mano echársela pudiera.

A todos fué de gusto el nombramiento,  
Por ser á todos gustos acertado,  
Y apenas acabó de ser nombrado;  
Cuando se echó de ver su acertamiento;  
Que el natural orgullo y ardimiento,  
En firme apoyo y basa sustentado,  
Dió luego la señal y claro indicio  
De cuán seguro estaba el edificio.

Al puerto en eligiéndole camina,  
Llevado raudamente de su gana,  
Y allí, desde la tarde á la mañana;  
No sabe qué es salir de la marina;  
Allí con el fantástico se indigna,  
Allí con el doméstico se humana,  
Allí levanta el ánimo al humilde,  
Y al fin de su deber no deja tilda.

Allí de viva espuela sirve al flojo,  
Y de calor al tépido y al frío,  
De mil ocupaciones al baldío,  
De manos y de piés al manco y cojo;  
Al soñoliento le hace abrir el ojo,  
Al encogido y laso pone brío,  
Por donde á todos da lo necesario,  
Curándoles el mal con su contrario.

En el honroso oficio de almirante  
Fué de los mas granados elegido  
Un hombre en fuerte y sangre esclarecido,  
Segun lo testifica su semblante;  
No menos arrojado que constante,  
Ni menos caudaloso que partido;  
Su nombre es don Alonso, aquel de Vargas (66),  
Aquel de lengua breve y manos largas.

Este con todo el lustre y ornamento  
Que á su valor y término debia,  
Y dos tan solas prendas que tenia,  
Mancebos de gallardo pensamiento;  
En un bajel hermoso al mar y viento  
Haciendo plato á cuantos dentro habia,  
Se dió, sin reparar en cosa alguna,  
Dispuesto al disponer de la fortuna.

Cerca de don Beltran al diestro lado,  
Para tener seguro el mar incierto,  
Ya siempre Miguel Angel, hombre experto,  
Magnánimo, capaz, acreditado;  
En tales ocasiones tan probado,  
Que ya de su valor al descubierto,  
Y de su clara estirpe dió la muestra  
Llevándola adelante con la diestra;

A quien de luengos años á esta parte  
El Visorey presente y los pasados,  
De cargos y de títulos honrados,  
Han dado con razon la mejor parte,  
Y á quien sobre Neptuno vido Marte  
Ponerse á duros trances arriscados,  
Saliendo muchas veces bien con ellos,  
Y siendo general en muchos dellos.

A cuya causa agora don García,  
Hallándole varon de tanta prueba,  
Le hace consultor del de la Cueva,  
Por dalle aun mas honor del que tenia;  
Donde, como dirá la pluma mia,  
Ganó renombre nuevo y gloria nueva,  
Habiendo sido, á costa de Richarte,  
En el suceso próspero gran parte.

Ya pues la playa toda centellea,  
Segun que don Beltran la va encendiendo;  
Ya todo á su calor está hirviendo,  
Ya gente armada bulle y hormiguea;  
Mas, cuando al respirar de la marea  
Se van las negras bondas extendiendo,  
Todo en silencio allí se trunca y muda,  
Quedando la ribera sola y muda.

Mas ya que sobre el campo cristalino  
El padre de Faeton su luz dilata,  
Haciendo de las ondas fina plata,  
Y al arenoso margen de oro fino,  
Veréis con un tropel tan repentino,  
Que el ánimo y sentidos arrebatá,  
Estar de gente ya la mar tan llena,  
Que frisa en cantidad con el arena.

¡Oh qué se ve por una y otra parte  
De gala, orgullo, garbo y gallardía!  
¡Qué de valor, esfuero y lozanía,  
De Alcides envidiada y aun de Marte!  
¡Oh descuidado apostata Richarte!  
¡Procurate volver á quien te envía,  
Y toma, si pudieres, otro rumbo,  
Porque tu perdicion está en un tumbo.

En daño tuyo un leon se despereza,  
Que ya la parda y crespa crin sacude,  
A cuyo bramo brava gente acude,  
Asegurada en fe de su braveza;  
Pues huye, que esperar será simpleza,  
Aunque la tierra, el viento, el mar te ayude,  
Porque si tienes mano tú en el suelo,  
El tiene mano y brazos en el cielo.

Da luego pues al céfiro las velas,  
Y larga las escotas presto, larga,  
Carga de velamentos, carga, carga,  
Que te darán alcance si no vuelas;  
Mira que ya se calza las espuelas,  
Uno que corre bien carrera larga,  
Pues bate, pica, rompe los ijares,  
Y no por hacer piernas te repares.

No sé si á mis clamores das oído,  
O si será posible haber llegado  
Donde, con ser tan grande, no ha tocado  
Este rumor del puerto y su ruido;  
Mas sé que nunca da tan gran tronido,  
Sino es que caiga rayo acelerado,  
Y si esté á lo mas alto se endereza,  
Guarda, Richarte, guarda tu cabeza.

Y guarte no repares con la mano,  
Que te la cortarán á cercen luego,  
Sino con ambos piés, que en este juego  
Mas vale ser de pié que no de mano;  
Aunque esto pienso yo que ya es en vano,  
Por mas que sobre el agua lleyes fuego,  
A causa de le haber acá tan vivo,  
Que ya está el pié de todo en el estribo.

Con una brevedad jamás pensada,  
A lo que desta tierra se entendia,  
Y aun á lo que en España ser podia,  
Se puso á punto y orden el armada;  
Pues para ser, cual digo, aparejada,  
Aun era escaso tiempo de año y dia,  
Y no se vió el Marqués en el otavo  
Sin que de todo hubiera dado cabo.

La máquina artillada fué tan buena,  
Que deshiciera torres diamantinas,  
Pedreros, esmeriles, culebrinas  
Con balas de navaja y de cadena;  
El salitrado polvo mas que arena,  
Gurguces, lanzas, dardos, jabalinas,  
Rodelas, petos fuertes, morriones,  
Y sobre todo grandes corazones.

Ingenios van con esto juntamente  
Para matar los fuegos del cosario  
Y responder con ellos al contrario  
En la sazón y tiempo conveniente;  
Al fin, que todo va cumplidamente  
Lo que es á tal jornada necesario,  
Conforme á la persona que la guía  
Y al crédito y honor de quien le envia.

Lleva tambien la armada religiosos,  
Del alma y aun del cuerpo defensores,  
Jesuitas doctrinales, redemptores,  
Y aquellos de los pulpitos famosos;  
Van muchos instrumentos sonorosos,  
Van chirimias, cajas, atambores,  
Van pífaros, clarines, van trompetas,  
Van sacabuches, flautas y cornetas.

Y para gala, pompa y ornamento  
Se ocupan gavias, topes, burriquetes,  
De flamulas, banderas, gallardetes,  
Llevados donde quiere el manso vicario;  
De cuyo delicado movimiento  
Están como colgados los trinquetes,  
Por verse ya la flota de manera,  
Que solamente es aire lo que espera.

Vuelvo á decir que es cosa extraña y nueva  
El ver acá en las Indias despachada,  
No mas que á vuelta de ojos una armada  
Como esta con la máquina que lleva;  
¿Que gloria pues habrá que no se deba,  
Por mas delgado estilo celebrada,  
A quien por su cuidado fué bastante  
Para salir con obra semejante?

Las gracias al felice don García,  
Despues de Dios, se deben solamente,  
Que estuvo desde atrás continuamente  
Haciendo munición y artilleria;  
Y como si por clara profecía  
Le fuera este futuro mal presente,  
Asi con su prudencia lo previno,  
Que el sabio tiene mucho de adivino.

Pues cuando, como digo, nuestra armada  
Estuvo puesta en orden esperando  
Que ya el amigo tiempo fuese entrando  
Para salir luego á la parada;  
No permitió el Virey fuese levada  
Sin que tan generoso y fuerte bando  
Gozase su presencia y faz angusta,  
Bastante galardón y paga justa.

Entróse en un esquife, que á la orilla  
Estaba de laureles enerespado,  
Y con acorde música llevado,  
Se va cortando el agua á remo y quilla;  
Parece que el soberbio mar se humilla,  
Reconociendo la honra que le han dado,  
Pues mas tendido y llano que la palma,  
Le lleva, como en ellas, por su calma.

Llegado á los soberbios galeones,  
Envuelto con la salva en humo y grita,  
Y aun en placer de vellos los visita,  
Sin perdonar los últimos rincones;  
Do á todos con altísimas razones  
Alegra, favorece, mueve, incita,  
Dejándolos por ellas mas pagados  
Que á mucha fuerza y colmo de ducados.

Con esto da la vuelta á la marina,  
Y luego es una pieza disparada,  
Llamando á recoger los de la armada,  
Usanza militar y disciplina;  
En tanto Apolo Delfico reclina  
Su lúcida cabeza trasudada,  
En el regazo fresco de Aretusa,  
Dejando á Clície huérfana y confusa.

Entró la virazon con mano larga,  
Hiriendo los ondosos gallardetes,  
Con que largaron luego los grumetes  
Así como el piloto dijo, larga;  
Hace gemir al mar la grave carga,  
Y el viento rechinar á los trinquetes,  
Que puesto ya en virar su amor y estudio,  
Al puerto dan libelo de repudio.

Tan rauda por el mar la armada cuela,  
Haciéndole escupir al cielo espuma,  
Que ya por popa deja mano y pluma,  
Sin que mi vuelo tenga con su vela;  
Mas fuera de ser poco lo que vuela,  
Agora de cargada se embaluma,  
Por donde hasta alijar del peso un tanto,  
Mar en través habrá de estarse el canto.

## CANTO XIX.

Llega don Beltran al puerto de Chíncha, donde, siendo primero descubierto de Richarte, que estaba en aquel paraje, se da á virar la vuelta de la mar, huyendo á toda prisa. Siguenle los nuestros hasta que, sobreviniendo un terrible temporal, con la oscuridad de la noche le pierde de vista, y las naos desaparecidas por el viento arriban al Callaú. Repáranse en él los dos mejores navios con toda brevedad, dejando los demás por ser uno solo el del enemigo, y salen en su busca segunda vez; hallante en Tacamez surto, donde se da principio á la espantosa naval batalla.

Si por algun camino sospechara  
Que era, Señor, tan aspero el que sigo,  
No sé si voy errado en lo que digo,  
Aun dudo si por vos lo comenzara;  
Mas como descubrió tan buena cara,  
Semblante grato, placido y amigo,  
Imaginé, engañándome, que fuera  
Conforme lo de dentro á lo de fuera.

Entré por valles, prados y florestas,  
Como la misma palma de la mano,  
Mas presto se acabó el camino llano,  
Y comencé á trepar por agrias cuevas;  
Causólo que me eché la carga á cuevas,  
Sin atentalla en una y otra mano,  
Mas buena me la dan por este yerro,  
Pues dando dellas voy de cerro en cerro.

Y si de la fragosa tierra esquivaba  
Al hondo mar me fui, por mas atajo,  
El agua del me da mayor trabajo,  
Pues sufro, ya la muerte, ya la vida,  
Agora proejando costa arriba,  
Agora arrebatado costa abajo,  
Tal vez con desgarron, tal vez sin viento,  
El frágil botiquin de mi talento.

Ya doy con él en una yerta roca  
De rigido sugeto, duro y frio,  
Ya encallo al mejor tiempo en un bajo  
Cuando hay materia buena pero poca;  
Ya cuando el viento del caudal se apoca,  
En congojosa calma estoy baldio,  
Ya si la tempestad de cosas carga,  
Alijo muchas buenas de la carga.

Mas estos infortunios y contrastes  
Espero que han de serme allá en el puerto,  
Volviendo la memoria al mar desierto,  
Lo que en la dulce lira son los trastes;  
Que si como al principio me llevastes,  
Con alentar mi voz, por campo abierto,  
No me dejais al fin, claro Mecenas,  
Galernos me vendrán á manos llenas.

Y si por falta del quedó mi nave  
Sin ir en seguimiento de la armada,  
Suspensa el alta mar atravesada,  
Por alijar cansancio, peso grave;  
Agora volará con alas de ave,  
En fe de vuestro espíritu llevada,  
Tan zafa, tan boyante y tan ligera,  
Que á todas lleve ya la delantera.

Sulcando van el mar á popa via  
Las poderosas naves en conserva,  
No viendo ya las flores ni la yerba  
Que nuestra generosa madre cria;  
Solo se ve la blanca sierra fria,  
Por ser de cumbre altísima, superba;  
Mas tan opaca, lóbrega y nublada,  
Que mas parece nubes que otra cosa.

Quisiéronse enmarcar por mas acierto,  
Para si se enmarcase el enemigo,  
Tenelle ya cerrado este postigo,  
Que era, para escaparse, el mas abierto;  
Y si viniere ya de puerto en puerto,  
Estaban avisados, como digo,  
De suerte que al Virey la nueva dada,  
Se la llevasen luego á nuestra armada.

Mediante pues estar tan prevenido  
Y haber en todo tal correspondencia,  
Tuvo un aviso luego su excelencia,  
Después que don Beltran hubo partido,  
De cómo había el cosario parecido  
Mostrando sobre Arica su potencia,  
Que no era de un bajel ni vela sola,  
Sino de tres, y mas una ventola.

Adonde juntamente había tomado,  
Sobre lo que de Chile se traía,  
Un barco de un arráez, en que venía  
Gran suma y diferencias de pescado;  
Y el dueño del, habiéndose librado,  
Fue el mismo que avisó de lo que había,  
A quien, porque informase mas de cierto,  
Enviaron los que mandan aquel puerto.

Por esta relacion quedó creído  
Que el descubrir Aquines vela tanta  
Es por haber hallado su almiranta,  
Que en Chile dijo haberse perdido;  
Mas el Marqués á todo apercebido,  
No de saber el número se espanta,  
Antes le nace dello gusto y gloria,  
Por ser en mas honor de la victoria.

Acude con solícita presteza,  
A luego prevenirse y guarnecerse,  
Y siempre mas y mas fortalecese  
De toda guarnición y fortaleza;  
Y aunque gastaba en esto con largueza,  
De tal manera en ello supo haberse,  
Que no hizo gasto al Rey sino gastado,  
Con atencion de verle tan gastado.

Si preguntais que cómo fue posible  
Gastar al Rey tan poco haciendo tanto,  
Responderé que yo tambien me espanto,  
Mas púedese tener por infalible;  
Que yo no sé decillo, aunque es decible,  
Pues no cualquiera dicho cabe en canto;  
Solo sabré deciros en sentencia  
Que tiene para todo la prudencia.

Por esta pues, que en él ha sido suma,  
Apercebí segunda vez armada,  
La cual en menos tiempo fue aprestada  
Del que en decillo gasto con la pluma;  
Y para no gastalle, digo en suma  
Que así como la nueva le fue dada,  
Se vió otra vez cubierta la marina  
De gente brava y máquina bronceada.

Con esta peltrechó la galizabra,  
Hecha por orden suya en este asiento,  
Y un bergantin, que en él está de asiento  
Con otro galeon como una zabra;  
Correspondiendo la obra á su palabra,  
Y su palabra y obra al pensamiento,  
De suerte, que era dicho y aun obrado  
Casi con la presteza que pensado.

Previénese lo dicho para guarda  
De treinta ó mas patajes y navios,  
De bélica defensa tan vacios,  
Que los rindiera un tiro de bombarda;  
Y porque si el inglés audaz no aguarda,  
Temiendo del católico los bríos,  
Le puedan ir siguiendo en el instante  
Antes de haber pasádose adelante.

Demás de que si arriba nuestra armada  
(Suceso casual y contingente)  
Desnuda del reparo conviniente,  
Será con esto en breve reparada,  
Para que así prosiga su jornada,  
Sin rebalsar un punto la corriente,  
Hasta volcar en ella al enemigo,  
Haciendo por llevarse consigo.

Despuéblase por esto el pueblo todo,  
Poblándose de gente la ribera,  
Y andan la costa arriba y por do quiera  
Los prevendos órdenes á rodo;  
Pues como fué el enuidado en este modo,  
Fué la correspondion de tal manera,  
Que apenas el britano parecia  
Cuando por cada puerto se sabia.

Que luego iba la voz de mano en mano  
Con fuegos, avisando en cada parte,  
Por do jamás el pérfido Richarte  
A tierra osó salir del mar insano;  
Temióse, con razon, de armada mano,  
Reconociendo fuerza y baluarte,  
Y gente de á caballo por la playa,  
Que es la que á los cosarios mas desmaya.

Así que sin poder dañar, forzado  
Se vino prosiguiendo su viaje,  
Hasta llegar á Chíncha, que es paraje  
De Lima treinta leguas apartado;  
Mas dando aviso desto á don Hurtado,  
Al punto despachó con el mensaje  
Un volador chinchorro á nuestra armada  
Para que fuese á Chíncha enderezada.

Ya Febo doce veces en oriente  
Su luminosa faz mostrado había,  
Y armado la noturna sombra fria,  
Su negro pabellon sobre el tridente;  
Sin que del enemigo nuestra gente  
Supiera por alguna suerte ó via,  
Causa para sus ánimos penosa,  
Y mas sentida entonces que otra cosa.

Por donde luego en dándose la nueva,  
Fué tan crecido el júbilo y tan lleno,  
Que todo no cupiera en otro seno,  
Sino es en el capaz del de la Cueva;  
El cual, torciendo el rumbo que ora lleva,  
La vuelta va del término terreno,  
De donde estaba entonces desviado,  
Por ir, como dijimos, engolfado.

Privaba ya la negra noche fria  
De su juridicion al claro viso,  
Cuando llegó á las naves el aviso  
Y á tierra don Beltran tomó la via;  
Mas al esclarecer del blanco dia,  
Antes de haber el rústico de Anfriso  
Al mar su greña de oro descubierto,  
Se descubrió Richarte sobre el puerto.

Fué vista del primero nuestra armada,  
Mas no con tan agudo movim iento  
El temeroso gamo corta el viento  
En viendo al cazador que esta en celada,  
Cuan presto comenzó la vuelta dada  
Aquines á virar á barlovento,  
Y aquel de Castro á dar de las espuelas  
Cargando por ganárselo de velas.

Ganárale sin género de duda,  
Porque se le iba aprieta ya ganando,  
Si le durara mas el tiempo blando  
Que respiraba entonces en su ayuda;  
Mas como luego el próspero se muda,  
A la mejor sazón se fué mudando,  
Y haciéndose, de manso tiempo afable,  
Un recio temporal intolerable.

Ya no llevaba mas el protestante  
De su ligera lancha y nao altiva,  
Porque las otras dos que dije arriba,  
De Arica no pasaron adelante;  
Que visto ser su carga no importante,  
Y que para el camino por do iba  
Habian de ser forzoso inconveniente,  
Le pareció dejallas cautamente.

Al un pataj mandó meter á fuego,  
El cual de Chile solo había sacado,  
Y al otro, que topó en el mar salado  
Usando de piedad, largóle luego;  
Mas del batel, ganado en aquel juego  
Donde hizo la ganancia del pescado,  
Formó la snelta lancha el enemigo,  
Que agora lleva rápido consigo.

El inclito Beltran le va siguiendo,  
Por mas que el mar hinchado se levanta  
Y el desbocado viento se adelanta  
Sin orden y con impetu corriendo;  
Hasta que ya de término saliendo,  
Su furia mas que indómita fué tanta,  
Que rotas las riendas, freno y todo,  
Se desapoderó de todo en todo.

La capitana rompe el masteleo,  
Quedándose la gavia mal segura,  
Y luego va tras él la ovencadura,  
Que deja al árbol flaco, mocho y feo;  
El cual, rendido ya, sobre Nereo  
Con gran vaiven arroja su estatura,  
Haciendo que una nave tan ligera  
Se quede reparada en su carrera.

El galeon San Juan, que ya venía  
Al de Bretaña mas vecino y junto,  
Se desaparejó de todopunto,  
Dejando á su pesar lo que seguía;  
Vinieron á la mar de romanía  
Los árboles y velas todo junto,  
De suerte que la fuerza de fortuna  
No le dejó siquiera con alguna.

Descuéllese de modo la tormenta,  
Que ya se pone en quintas con el cielo,  
Queriéndole cubrir de escuro velo  
Mas denso que en la noche turbulenta;  
El piélagos de tímido revienta,  
Y con ventosas alas sube en vuelo,  
Llevándose la nao para que tope  
En el sidéreo techo con el tope.

Roncando se alza arriba el mar ondosos,  
Y abajo están hirviendo sus arenas;  
Escúndense tritones y sirenas  
Allá en lo mas oculto y cavernoso;  
Al arrear de Bóreas proceloso,  
Rechinan jarcias, grúmenas, antenas,  
Y cada golpe ó súbita grupada  
Da muestras de querer tragar la armada.

Eterno Dios, ¿no está de vuestro dedo  
Esta globosa máquina pendiente?  
Y el bramador del húmido tridente,  
¿A vuestra voz no está callado y quedado?  
¿No está el abismo trémulo de miedo  
Rendido á vuestro brazo omnipotente?  
No sois el contador de las estrellas,  
Y el que sabeis nombrar á todas ellas?

No sois el que dejais con vuestro palmo  
Al ancho mar Océano medido  
Y aquel en cuya palma sostenido,  
El orbe todo está, según el psalmo?  
Pues ¿cómo, justo Dios, benigno y almo,  
Si veis al mar furioso y removido,  
Disimulais con él de tal manera  
Como si vuestro súbdito no fuera?

Ya vemos que por vos en esa playa,  
Viniendo con tal impetu, le enfrena  
Un freno baladí de faeca arena,  
Que á todo su pesar le tiene á raya;  
Y para que de boca no se vaya,  
No quiere mas apremio ni otra pena  
Que vuestro eficazísimo preceto,  
Al cual está doméstico y sujeto.